

tiva historiográfica, de la que hablaremos más adelante.

En la segunda parte del libro, penetra detalladamente en la mentalidad y los conflictos de las clases dominantes coloniales en la subregión estudiada. El autor nos describe unos sectores dominantes que combinan distintas actividades económicas (minería, agricultura, ganadería y aun comercio), explotando la mano de obra por medios diversos (encomienda, concierto, esclavitud, colonos, jornaleros, etc.) en un marco de racionalidad diferente de la capitalista, pues más que buscar la reproducción del capital –invirtiendo los excedentes en la ampliación de la producción–, los sectores dominantes coloniales buscaban la obtención y reproducción de cierto *status*, gastando el excedente en bienes suntuarios y en la compra de títulos nobiliarios. Comportamiento “racional” en una sociedad como la colonial, sociedad cerrada, de estrecho control burocrático y de privilegios, donde era necesario conquistar una alta posición en ella al costo que fuera preciso.

El proceso de consolidación de una nobleza momposina no estuvo exento de conflictos. El principal, a los ojos de Fals Borda, fue el que comenzó a dibujarse a finales del siglo XVIII en el enfrentamiento entre terratenientes señoriales y dinámicos comerciantes. La Independencia pareció inclinar la balanza en favor de los últimos. Ahora bien, en este proceso los trabajadores no permanecieron inermes y pasivos. El señorío encontró su límite en la cultura anfibia y en la resistencia popular. A la sociedad señorial se le opusieron formas contestatarias de organización social, informalidad en el vivir cotidiano, el “dejao” en la producción y, en fin, el *ethos* costeño que se ha plasmado en el mito del hombre-caimán.

En la reseña de este primer volumen de la *Historia doble de la costa*, es forzoso comentar la propuesta metodológica de Fals Borda: la investigación-acción participante (Iap). La Iap constituye, a grandes rasgos, un intento de articular el co-

nocimiento científico con la acción política transformadora. Esta metodología se nutre de diversas técnicas que el autor va describiendo al final de cada capítulo (v. gr., la ilación de acontecimientos, la recuperación crítica y la devolución sistemática, la imputación, etc.). En estas técnicas encontramos procedimientos novedosos que silencian a aquellos historiadores que se quejan de la ausencia de documentos para reconstruir la historia. Ahora bien, si existe novedad en las técnicas, no podemos decir lo mismo de la Iap como tal, pues ésta aparece como una variante del método de “observación participante” de los antropólogos. Claro está que la Iap va más allá de éste método, pues incorpora una finalidad claramente transformadora de la realidad investigada.

Sin embargo, el punto más controvertible de la Iap reside en que se postule implícitamente como el único método válido de conocimiento de una realidad. Sólo aquello que esté mediado por las “bases”, constituye un conocimiento adecuado en las ciencias sociales. Esa es la conclusión que el lector ingenuo extraería del trabajo de Fals Borda. Esta posición niega el necesario pluralismo metodológico en las ciencias sociales. Una cosa es propiciar el diálogo interdisciplinario –propósito al cual indudablemente contribuye el autor– y otra cosa es suprimir las especificidades metodológicas de las distintas disciplinas, reduciéndolas a una metodología única. Esto sin entrar a discutir los problemas que para una teoría del conocimiento ofrece la propuesta Iap. En síntesis, valoramos la investigación-acción participante como una metodología, pero no como la Metodología.

M. A. N.

á á á á á



## Creamos: cachacos violentos, costeños pachangosos...

El presidente Nieto, Historia doble de la Costa - 2  
Orlando Fals Borda  
Carlos Valencia Editores. Bogotá, 1981.  
376 páginas

El segundo volumen de la historia de la costa atlántica se inicia con la pregunta siguiente: ¿cómo se explica que el *ethos* costeño –definido como no violento y antimilitarista– haya permitido formas de violencia en la región y hasta haya producido caudillos militares de la estatura de un Juan José Nieto? Orlando Fals Borda plantea de esta forma los dos aspectos cruciales de este volumen: la costeñidad y la violencia. La figura de Nieto se destaca no sólo porque representa los dos polos de la contradicción –un costeño hecho caudillo militar– sino porque resuelve dicha contradicción de un modo muy especial: por medio de un caudillismo anticaudillista. Paralelamente a la figura de Nieto, representante de la elite costeña, Fals Borda nos presenta la biografía de Adolfo Mier y con él la del pueblo costeño. Utilizando estos dos canales, el autor nos introduce a las formas de violencia y contraviolencia en la costa atlántica colombiana.

Juan José Nieto nació en el seno de una familia pobre, pero rápidamente ascendió a la elite cartagenera. Fals Borda describe con minucia la vida del joven Nieto y su evolución de antimonárquico y republicano a secas, en la época de la Independencia, a ácerimo antibolivariano y posteriormente furibundo obandista. Para 1830 Nieto es un fervoroso defensor de la “soberanía popular” contra cualquier forma de tiranía. En la Guerra de los Supremos, Nieto apoya a Obando y por ello se le deporta a Jamaica (cuna en ese entonces de las logias masónicas hispanoamericanas). El caudillo costeño regresa a tiempo para presenciar los acontecimientos de mediados de siglo y especialmente la revolución de

Melo del 54. A finales de este decenio, Nieto se une a la revuelta contra el presidente conservador Ospina Rodríguez. De esta aventura sale mejor librado y asciende a la presidencia del Estado de Bolívar y temporalmente a la presidencia de la Unión. Posteriormente se aleja del poder para evitar inútil derramamiento de sangre —una constante en la biografía de Nieto, según Fals Borda— para morir poco después casi de incógnito.

Paralelamente a la singular historia del caudillo costeño, Fals Borda inserta testimonios de la historia de las clases subordinadas costeñas, historia encarnada en otro legendario personaje: Adolfo Mier. En este canal caben las narraciones sobre las guerras locales, la llegada del primer vapor a Mompox y el sabotaje que bogas y pescadores organizaron a la nave, la permanente migración de los campesinos en búsqueda de mejores tierras, la solidaridad de los de abajo por encima de la división de los colores políticos, etc. Alrededor de la biografía de Mier, el autor se aproxima nuevamente a la cultura popular costeña. Las clases subordinadas costeñas fueron más dinámicas y realistas ante el utopismo de las elites políticas. Las primeras, lo señala Fals Borda, conquistaron importantes victorias a pesar de no haber cristalizado una alianza artesanal-campesina cuando se requería: en la revolución de 1854. Es importante resaltar que tanto los testimonios de sobrevivientes de estos acontecimientos como la biografía de Mier constituyen invaluable arsenal cultural del cual todavía se puede extraer mucho.

*El presidente Nieto* es sin duda una brillante historia del caudillismo en Colombia y, en ese sentido, es una historia de nuestro siglo XIX. Para Fals Borda, el caudillismo tiene su razón de ser en el tipo de sociedad agraria tradicional del siglo pasado. Para que este fenómeno echara raíces en nuestra sociedad necesitaba de bases de apoyo regional, de entidades y mecanismos legitimadores (grupos sociales, Iglesia, logias, ideologías liberal y socialista, etc.),

de elites económicas que apoyaran o atacaran y de una debilidad del Estado central. El caudillismo tuvo su dinámica propia en el país y se consolidó mediante las alianzas y los distanciamientos, de la rapiña por las clientelas y, en fin, por el fragor de las guerras civiles que sacudieron a Colombia durante el siglo pasado.

Ahora bien, Fals Borda insiste, a lo largo de todo el volumen, en el carácter anticaudillista del caudillo Nieto. Así como las elites pueden generar antielites, en la Costa el anticaudillismo estuvo presente en no pocos caudillos. En Juan José Nieto, el autor encuentra profundos rasgos de humanitarismo y civilismo. Y ello se debe, sigue insistiendo Fals, a la formación republicana y al *ethos* costeño de Nieto.

Con esto tocamos el punto crítico que resalta en este segundo volumen de *Historia doble de la costa*: aquello de la costeñidad. El énfasis que Fals Borda pone en este punto es lógico desde la perspectiva de una historia regional, pero termina restando universalidad a ciertas teorías y conclusiones del autor. Por ejemplo, al recalcar el *ethos* no violento del costeño, el autor parece implicar que sí existe un *ethos* violento en otras regiones colombianas en donde tal vez se aplicarían las teorías hobbesianas que él rechaza para el caso costeño. Hay especificidades regionales, de eso no hay duda; pero tal vez habría que insistir también en aspectos comunes a otras regiones, aspectos que irían más allá de la mera oposición de las provincias a los “déspotas” de turno apostados en la capital. Se ha dicho que el riesgo de una historia regional yace en descuidar el contexto nacional. Fals Borda tiene mucho cuidado en ello, pero en cambio abre las puertas a cierto chauvinismo regional que poco ayuda a esclarecer la evolución histórica de nuestra formación social. Por otro lado, si se compara el caso de Nieto con el de Núñez, se advierte que hay una costeñidad común que produce resultados diferentes. En otras palabras, creemos que hay un *ethos* costeño, probablemente menos violento y más antimilitarista que en otras re-

giones —eso está aún por estudiarse— pero ésta no puede ser la explicación del comportamiento de las elites regionales y menos de los individuos.

A nivel metodológico no hay mucho que agregar a lo ya dicho con relación a la Iap. Nos preocupa, eso sí, cómo se determina la dosis de imaginación utilizada en la reconstrucción histórica. No creemos, con Fals Borda, en el mito del historicismo, según el cual el documento lo dice todo. Lo difícil es determinar el grado de imaginación en el quehacer científico. Parece que Fals Borda hace un uso adecuado de ésta y, más importante aún, lo señala explícitamente, cosa no muy común entre nuestros investigadores sociales.

M. A. N.



## Los hombres-hicoteas y la resistencia popular

*Resistencia en el San Jorge*, Historia doble de la Costa - 3  
Orlando Fals Borda  
Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1984,  
412 páginas

*Resistencia en el San Jorge* se inicia en Jegua, que en palabras de Orlando Fals Borda es aquel pequeño Macondo, símbolo del águante de la gente costeña, de la supervivencia “rebuscando”, del ingenio para combinar distintas actividades económicas para subsistir, de la astucia para “vivir bien” el presente sin amargarse por el futuro. Jegua es, en síntesis, el espacio físico de los hombres con caparazón, de los hombres-hicoteas.

En este tercer volumen, Fals Borda nos presenta la dialéctica de